

UNA RESPUESTA

Laura Hermosillo

UNA RESPUESTA

LAURA HERMOSILLO



Capítulo 1

UNA RESPUESTA

Nunca olvidaré la última discusión que tuve con mi hermano.

Fue un dieciséis de Mayo en casa de mi anciana madre, que organizaba una cena familiar para celebrar su vigésimo noveno cumpleaños, celebración que acabaría convirtiéndose en cena de despedida.

Mi hermano Luís era sacerdote, y se había presentado voluntario en una misión humanitaria que a la mañana siguiente le conduciría con destino a Ruanda.

Nuestras conversaciones, habitualmente centradas en su fe, solían derivar en absurdas discusiones por mi negativa continua a comprender porqué había entregado su vida a los designios de un Dios que permitía atrocidades en un mundo dominado por el odio y la avaricia.

— ¿Acaso ese Dios para el que trabajas espera de brazos cruzados a que sucedan este tipo de tragedias sin sentido para enviar a sus fieles a remendar los descosidos que el permite? —le dije enojado.

—No podemos culparle por nuestro comportamiento —me contestó él con su habitual mirada condescendiente—. Somos nosotros, por acción o por omisión, quienes causamos todos los males que afligen al mundo.

—Ya. Entonces todo es azar. Dios no pinta absolutamente nada en todo esto, ¿no?

—Te equivocas. Él utiliza las casualidades para ocultar sus acciones. No existe el azar.

—Necesito argumentos. Y la fe no es uno.

— ¿Conoces la historia de Francisco Varela Hernández? —me dijo para mi desconcierto.

— ¿Debería?

Sonrió.

—Francisco era un herrero que trabajaba en un pueblo que quedaba a veinte kilómetros de su casa y que todos los días, al igual que llevaba haciendo desde los últimos quince años, acudía a su trabajo siguiendo la

misma ruta. Hasta que, hace veintinueve años, un dieciséis de Mayo, decidió tomar un desvío que le llevaría a pasar por delante de nuestra casa.

— ¿Y?

—Por aquel entonces, mamá ya había salido de cuentas y papá, que en paz descanse, tuvo que ausentarse para viajar hasta San Pedro. Tan solo serían unas horas, pero mamá quedó sola. La casualidad quiso que en esas horas mamá rompiera aguas y sufriera una grave hemorragia que nos puso a los dos en peligro. Ella apenas consiguió, entre fuertes dolores, arrastrarse hasta la puerta de casa. Pero Dios hizo que Francisco pasara por allí justo en aquel preciso momento. El día exacto, a la hora exacta. Unos minutos antes o unos minutos después, y todo habría sido trágicamente diferente.

—Gracias a Francisco.

—Gracias a Dios.

— ¿Le atribuyes la aparición casual de un extraño y no le reprochas que dejara a mamá sola?

—No lo entiendes. El coche de papá se averió en su viaje a San Pedro. De haber estado aquí, la habría llevado él y habrían quedado tirados en alguna cuneta, con el mismo trágico desenlace. No existe el azar, hermanito.

No quise oír nada más. Me levanté de la mesa tratando de ridiculizar la fe de mi hermano con mi sonrisa más sardónica, recogí mi plato, le deseé buena suerte y me encerré en mi cuarto.

Desde entonces no hemos vuelto a hablar. Y no lo hemos hecho porque dos días después mi hermano murió asesinado en Ruanda. Unos misioneros encontraron su cuerpo y el de su chófer tirados en una cuneta de tierra, brutalmente mutilados.

El azar quiso que su vehículo se cruzara con el de un grupo de rebeldes en un lugar perdido de la selva. Según nos contaron las autoridades eclesiásticas que vinieron a casa a dar la noticia y el pésame a nuestra madre, fue una triste casualidad que se cruzaran aquél día y a aquella hora. No era territorio de paso para los rebeldes. Se perdieron. En una jungla que conocían perfectamente. Y el azar ató el resto.

Un minuto antes o un minuto después, y no se habrían cruzado con ellos. Una parada para orinar, un pinchazo, una llamada telefónica, cualquier

eventualidad habría evitado la tragedia.

“Él utiliza las casualidades para ocultar sus acciones” decía mi hermano.

¿Dónde estaba Dios aquella tarde?

Seguro que Luís, de seguir con vida, sería capaz de urdir una respuesta.